

NOTAS DEL PENSADOR.

Hasta aquí escribió mi buen amigo D. Pedro Sarmiento, á quien amé como á mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos á réditos seguros en poder del conde de S. Telmo, segun constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debia obrar cosido con el testamento original, y seguia

It. Declaro que es mi voluntad que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas, y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán á nueve pobres de los dichos que manifiesten al albacea que queda nombrado, certificacion del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada, legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algun ejercicio ó habilidad, no tontos ni inútiles, y á mas de esto con fianza de un sugeto abonado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que los gire y busque su vida con ellos: bien entendido de que el fiador será responsable á dicha cantidad siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quemazon, ó cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna á veinte, treinta, ciento ó mil pobres, dándoles á cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado, porque considero que estos no son socorros verdaderos; y si lo serán en el modo que digo, pues es mi voluntad, que despues que los

socorridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro tambien: que aunque pudiera dejar limosnas á viudas y á doncellas, no lo hago, porque á estas siempre les dejan los mas de los ricos, y no son las primeras necesitadas; sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás ó rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrarle los santos sacramentos de la Eucaristia y Extrema-Uncion. Le dió el viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron á la funcion sus amigos D. Tadeo, D. Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso, infundia un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devocion con que mi amigo recibió el Cuerpo del Señor Sacramentado. El perdon que á todos nos pidió de sus escándalos y extravios, la exhortacion que nos hizo y la uncion que derramaba en sus palabras, arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificacion y de consuelo.

Pasados estos dulces transportes de su alma, se recogió, dió gracias, y á las dos horas hizo que entraran á su recámara su muger y sus hijos.

Sentado yo á la cabecera, y rodeada su familia de la cama, les dijo con la mayor tranquilidad: „Esposa mia, hijos míos, „no dudareis que siempre os he amado, y que mis desvelos se „han consagrado constantemente á vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me aparte de vosotros para no ver „nos hasta el último dia de los siglos. El Autor de la naturaleza llama ya á las puertas de mi vida: él me la dió cuando „quiso, y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No

„soy árbitro de mi existencia: conozco que mi muerte se
 „acercas, y muero muy conforme y resignado en la divina vo-
 „luntad. Escusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que
 „sintais la falta de mi vista como pedazos que habeis sido de
 „mi corazon, deberis moderar vuestra afliccion considerando
 „que soy mortal y que tarde ó temprano mi espíritu debia des-
 „prenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

„Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que
 „me la quita por que la naturaleza es inmutable en cumplir
 „con los preceptos de su autor. Consolaos con esta cierta
 „consideracion y decid: el Señor medió un esposo, el Señor nos
 „dió un padre, él nos lo quita, pues sea bendito el nombre del
 „Señor. Con esta resignacion se consolaba el humilde Job
 „en el extremo de sus amarguísimos trabajos.

„Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la trizeza; si
 „no antes unos consuelos y regocijos sólidos, que se fundan
 „no menos que en la palabra de Dios, y en las máximas de la
 „sagrada religion que profesamos. Quédese la desesperacion
 „para el impio, y para el incrédulo la duda de nuestra futura
 „existencia, mientras que el católico arrepentido y bien dis-
 „puesto confia con mucho fundamento, que Dios en cumpli-
 „miento de su palabra, le tiene perdonados sus delitos, y sus
 „deudos con la misma seguridad piadosamente creen que no
 „ha muerto, sino que ha pasado á mejor vida.

„Conque no lloreis, pedazos míos, no lloreis. Dios os que-
 „da para favoreceros y ampararos, y si cumplis sus divinos
 „preceptos y confiais en su altísima Providencia, estad segu-
 „ros de que nada, nada os faltará para ser felices en esta y en
 „la otra vida.

„Procurad, sí, manejaros en la presente con juicio y honor
 „en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Mar-
 „garita, si pasares á segundas nupcias, lo que no te impido:
 „trata de conocer el carácter de tu esposo, antes de que sea

„tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo; aunque
 „no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez
 „conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aproba-
 „cion de mis amigos, únete con él enhorabuena; pero procura
 „siempre captarle la voluntad alabándole sus virtudes, y disi-
 „mulándole sus defectos. Jamás te opongas á su gusto con
 „altanería, y mucho menos en las cosas que te mandare jus-
 „tas: no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te
 „dejo para que vivas: no tomes por modelo de tu conducta á
 „las mugeres vanas, soberbias y locas: imita á las prudentes y
 „virtuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros,
 „no prefieras en cariño á ninguno: trátalos á todos igualmen-
 „te, pues todos son tus hijos, y de este modo enseñarás á tu
 „marido á portarse bien con los míos: los harás á todos herma-
 „nos y evitarás las envidias que suscita en estos casos la pre-
 „ferencia: sé económica, y no desperdicies en bureos lo que te
 „dejo ni lo que tu marido adquiera: sábete que no es tan fácil
 „ganar mil pesos, como decir tuve mil pesos; pero decir tuve
 „en medio de la miseria es sobre manera doloroso: últimamen-
 „te, hija mia, has por no olvidar las máximas que te he inspi-
 „rado: huye la maldita pasion de los zelos, que léjos de ser
 „útil es perniciosa á las infelices mugeres, y la total y última
 „causa de su ruina: aunque tu marido por desgracia, tenga un
 „extravío, disimúlasele, y entonces hazle mas cariño y mas
 „aprecio, que yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se
 „aventaja al de las prostitutas que adora, y al fin se reducirá,
 „te pedirá perdon y te amará con doble extremo.

„A vosotros, hijos de mi corazon, ¿qué puedo deciros? Que
 „seáis humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados,
 „veraces, sencillos, juiciosos, y enteramente hombres de bien.
 „Os dejo escrita mi vida, para que veais donde se estrella por
 „lo comun la juventud incauta; para que sepais donde están
 „los precipicios para huirlos, y para que conociendo cual es

„la virtud y cuantos los dulces frutos que prometo, la profeséis
„y la sigáis desde vuestros primeros años.

„Por tanto: amad y honrad á Dios y observad sus precep-
„tos: procurad ser útiles á vuestros semejantes: obedeced á los
„gobiernos sean cuales fueren: vivid subordinados á las potes-
„tades que os mandan en su nombre: no hagáis á nadie daño,
„y el bien que podáis no os detengáis á hacerlo. Guardaos
„de tener muchos amigos. Este consejo os lo recomiendo con
„especialidad: ved que os hablo con experiencia. Un hombre
„solo, por malo que sea, si anda solo y sin amigos, él solo sa-
„be sus crímenes: á nadie escandaliza en lo particular, y nin-
„guno es testigo de ellos; cuando por el contrario, el truchi-
„man y el pícaro lleno de amigos, tiene muchos á quienes dar
„mal ejemplo, y muchos que testifiquen sus infamias.

„Fuera de que, como vereis en mi vida, hay muchos ami-
„gos, pero pocas amistades. Amigos sobran en el tiempo fa-
„vorable; pero pocos ó ningunos en el adverso. Tened cuida-
„do con los amigos y experimentadlos. Cuando hallareis uno
„desinteresado, verdadero y á todas luces hombre de bien,
„amadlo y conservadlo eternamente; pero cuando en el amigo
„advirtiereis interés, doblez ó mala conducta, reprochadlo y
„jamás os fieis de su amistad.

Por último: observad los consejos que mi padre me escribió
„en su última hora cuando yo estaba en el noviciado, y os
„quedan escritos en el capítulo XII del tomo 1.º de mi historia.
„Si cumplís exactamente, yo os aseguro que sereis mas felices
„que vuestro padre.”

Pasados estos y otros coloquios semejantes, abrazó D. Pe-
dro á sus hijos y á su muger, les dió muchos besos y se despi-
dió de ellos, haciéndome llorar amargamente, porque los ex-
tremos de la señora y los niños desmintieron toda la filosofía
del razonamiento preventivo. Los llantos, las lágrimas y los
extremos fueron lo mismo que si el enfermo no hubiera habla-
do una palabra.

Por fin quedó el paciente solo y me dijo: ya es tiempo de
desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofen-
dido á Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que pa-
dezo en sacrificio por mis iniquidades. Haz que venga mi
confesor el padre Pelayo. Como este eclesiástico era buen
amigo, no faltaba del lado de los suyos á la hora de la tribula-
cion. Apenas se desnudó la muceta, cuando volvió á casa á
consolar á su hijo espiritual. Antes que yo saliera de la re-
cámara entró él, y preguntó á D. Pedro ¿cómo se sentia?
Voy por la posta, dijo el enfermo: ya es tiempo de que no te
apartes de mi cabecera, te lo ruego encarecidamente: no por-
que tengo miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que di-
cen que se aparecen á esta hora á los moribundos. Sé que el
pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una
vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres
aeros para castigar ni aterrorizar al pecador. La mala con-
ciencia y los remordimientos de ella en esta hora son los úni-
cos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con
el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia, y el te-
mor servil de un Dios irritado y justiciero: lo demás son cree-
deras del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me im-
partas los auxilios necesarios en esta hora, y terrames en mi
corazon el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que espire, no sea que entre aquí
algun devoto ó devota que con el *Ramillote* ú otro formulario
semejante, me empiece á jeseusear, machacándome el alma con
su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gri-
tos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesus, ni Dios permita que
hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre
es sobre todo nombre: que á su invocacion el cielo se goza, la
tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero
es que se me plante á la cabecera algun buen hombre con un

librito de los que te digo: que tal vez empiece á deletrear, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de „Jesus te ayude, Jesus te ampare, Jesus te favorezca,” no saliendo de esto para nada, y que conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor á fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos. Por Dios, amigo, no consentas á mi lado estos, que léjos de ayudarme á bien morir, me ayudarán á morir mas presto. Tú sabes que en estos momentos lo que importa es mover al enfermo á contricion y confianza en la divina misericordia: hacerlo que repita en su corazon los actos de fé, esperanza y caridad: ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad Divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero, y por fin ejercitándolo en actos de amor de Dios, y avivándole los deseos de ver á su Magestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar á bien morir, pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instruccion y gracia para ello, no se valen de aquellos gritos con que los tontos, léjos de auxiliar al moribundo, lo espantan é incomodan.

Tambien te ruego que no consentas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intencion, echándome en la boca y en estado de agonizante, caldo de sustancia ni agua de la palata. Adviérteles que esta es una preocupacion con que abrevian la vida del enfermo, y lo hacen morir con dobles ansias. Diles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esofago y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmon, y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les adviertas, que el cañon por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos tapamos con una valbulita, que se llama *glotis*, el cañon del aire, y quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañon del estómago como por sobre un puente. Esta operacion se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar, de modo que nadie tragará

una poca de saliva sin apretar la lengua para tapan el cañon del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia, y se va aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmon que no consiente mas que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y á veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es líquido. Cuando el agua v. gr. que se ha ido al pulmon pesa mas que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente; y si es muy poca, la arroja este, como se ha dicho.

Despues que hagas esta explicacion á las viejas, adviérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuando le echan en la boca se va al pulmon, y si no tose es ó porque esta entraña está dañada, ó porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que espira el enfermo mas breve. Diles todo esto, y que lo mas seguro es humedecerles la boca con unos algodones mojados; aunque todas estas diligencias son mas para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos dias, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir á acabar de morir al campo santo como han ido tantos, especialmente mugeres parturientas, que no teniendo sino un largo síncope, han muerto antes de tiempo, y los ha enterrado vivos la precipitacion de los dolientes.

Acabó D. Pedro de hablar con el padre confesor estas cosas, y me dijo: Compadre, ya me siento demasiado débil, creo que se acerca la hora de la partida, haz llamar al vecino D. Agapito (que era un exelente músico), y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió á la calle, y á poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violin y clave, y entró con ellos á la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y mas

cuando comenzando á agonizar el enfermo, comenzaron tambien los niños á entonar con dulces voces, y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo D. Pedro.

Nos enternece bastante en medio de la admiracion con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacia menos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decia: vean vds. mi amigo si ha sabido el arte de ayudarse á bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve ¡cómo no le despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devocion á consagrado al Ser Supremo?

En efecto, se cantó el siguiente

HIMNO AL SER SUPREMO.*

Eterno Dios, inmenso,
Omnipotente, sabio, justo y santo,
Que proteges benigno
Los seres que han salido de tus manos.
El debido homenaje
A tu alta magestad, te rindo grato,
Porque en mis aficciones
Fuiste mi escudo, mi sosten, mi amparo.
Y cuando sumergido
En el cieno profundo busqué en vano
A quien volver mis ojos
Entumecidos de llorar, é hinchados,
Extendiste en mi ayuda.
Tu generosa y compasiva mano,
Que libre del peligro

* Para este himno se han tenido presentes las correcciones y variaciones del manuscrito, de que se habló en la nota de la página 139.—E.

Al puerto me condujo ileso y salvo
Tú, señor, desde entonces

Con impulso robusto has guiado
Por el camino recto

Mis vacilantes y extraviados pasos.

Mis vicios me avergüenzan:

Mis delitos detesto: con mi llanto

Haz, mi Dios, que se borren.

Los asientos del libro de los cargos.

Y en esta crítica hora

No te acuerdes, Señor, de mis pecados,

A los que me arrastraba

La inexperiencia de mis pocos años.

Recuerda solamente

Que aunque perverso, pecador, ingrato,

Soy tu hijo, soy tu hechura,

Soy obra en fin de tus divinas manos.

Si te ofendí yo mucho,

Mucho me pesa, y mucho mas te amo,

Como á padre ofendido

Que mis crímenes tiene perdonados.

Seguro en tus promesas

Invoco tus piedades, y en tus manos

Mi espíritu encomiendo:

Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar á aquel verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor dejándolo lleno de ternura, devocion y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida á fines del mismo año de 1813, se extendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no solo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habian ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cadáver, según dijo, dos días, no desocupándose en ellos la casa de sus amigos y beneficiados que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.

CAPITULO XVI.

En el que el *Pensador* refiere el entierro de Petico, y otras cosas que llevan al lector por la mano al fin de esta ciertísima historia.

P los dos días se procedió al funeral, haciéndole las honras con toda solemnidad, y concluidas, se llevó el cadáver al campo santo, donde se le dió sepultura por especial encargo que me hizo.

El sepulcro se selló con una losa de tejal, especie de marmol que compró para el efecto su confesor, haciendo antes esculpir en ella el epitafio y la décima que el mismo difunto compuso antes de agravarse. Aquel era latino y los pondré aquí por si agradare á los lectores.

HIC. IACET

PETRVS. SARMIETO

(VVLGÓ)

PERIQVILLO. SARNIENTO

PECCATOR. VITA

NIHIL. MORTE.

QVISQVIS. ADDES

DEVM. ORA

- VT

IN. AETERNVM. VALEAT

Lo que en castellano dice:

AQUI YACE

PEDRO SARMIENTO,

COMUNMENTE CONOCIDO

POR

PERIQVILLO SARNIENTO

EN VIDA

NO FUE MAS QUE UN PECADOR:

NADA EN SU MUERTE.

PASAGERO,

SEAS QUIEN FUERES,

RUEGA A DIOS LE CONCEDA

EL ETERNO DESCANSO.

DECIMA.

Mira, considera, advierte,
Por si vives descuidado,
Que aquí yace un extraviado
Que al fin logró santa muerte.

No todos tienen tal suerte;
Antes debes advertir,
Que si es lo comun morir
Segun ha sido la vida,
Para no errar la partida
Lo seguro es bien vivir.